

estos sesenta mil hombres, cerca de cuarenta mil habían sucumbido al fuego de nuestra infantería ó al hierro de nuestra caballería (1). Todo esto lo había conseguido Napoleón aplicando, en medio de una inaudita confusión de localidades y gentes, los verdaderos principios de la guerra. Ciertamente que entregándose más á su fortuna, y dejando al archiduque acudir á Ratisbona, sin atraer hacia sí al mariscal Davout, habría podido Napoleón caer sobre las espaldas del enemigo por Lanqwaide y Eckmühl, y aun quizás hacer prisionero á todo el ejército austriaco en un solo día; pero además de que habría sido menester adivinar el arcano de semejante situación, lo que no es dado á ninguno, Napoleón habría faltado á los verdaderos principios quedando dividido ante un enemigo concentrado, y le habría proporcionado la posibilidad de conseguir un gran triunfo. Por el contrario, atrayendo á un punto común al mariscal Davout por su

(1) No consignamos estos números sino después de haber reducido á su justo valor las exageraciones de los boletines. (N. del A.)

izquierda y al mariscal Massena por su derecha, se puso en disposición de hacer frente á todo, cualesquiera que fuesen las contingencias, y pudo romper por su frente la línea enemiga, abrirse paso hacia Landshut, dejarse caer luego á la izquierda y derrotar definitivamente al grande ejército austriaco en Ratisbona. Añadiremos, si nos es lícito, que fué mejor un triunfo modesto ajustado á los verdaderos principios de la guerra, que en último resultado no son otra cosa más que las reglas del común seso, un triunfo modesto, repetimos, sin exponerse á contingencias desastrosas, que un triunfo deslumbrador fiado casi enteramente á la casualidad. No habría sucumbido nunca Napoleón si hubiese dirigido la política como dirigió en esta ocasión la guerra. El Austria quedaba consternada con tan terribles golpes: la Alemania comprimida, y la Europa entera enfrenada. Nunca había sido Napoleón más digno de los favores de la fortuna, que en aquellas cinco jornadas se le mostró otra vez enteramente seducida y obediente.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO

WAGRAM

Principian las hostilidades en Italia. — Entrada imprevista de los austriacos por el Ponteva, el Cividale y el Górice. — Sorpresa del príncipe Eugenio, el cual no esperaba verse acometido hasta fines de abril. — Replégase sobre el Livenza con las dos divisiones que tenía á su disposición, y consigue reunir allí parte de su ejército. — La vanguardia del general Sahuc es sorprendida y desalajada en Pordenone. — Pide el ejército á gritos dar la batalla. — Arrastrado el príncipe Eugenio por sus soldados, se decide á pelear antes de reunir todas sus fuerzas, y en un terreno desfavorable. — Batalla de Sacila, perdida el 16 de abril. — Retirada al Adige. — Insurrección del Tirol. — Reconcentrase el ejército francés detrás del Adige, y se reorganiza bajo la dirección del general Macdonald, destinado para servir al príncipe Eugenio de consejero. — La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á emprender la retirada. — Persíguele el príncipe Eugenio sin descanso. — Paso del Piave á viva fuerza, y pérdidas considerables de los austriacos. — Acontecimientos de Polonia. — Hostilidades imprevistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia. — José Poniatowski da un reñido combate á los austriacos bajo los muros de Varsovia. — Abandona esta capital por efecto de una convención; lleva la guerra á la derecha del Vístula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros. — Movimientos sediciosos en Alemania. — Deserción del mayor Schill. — Conducta de Napoleón después de los sucesos de Ratisbona. — Su inquietud al saber las noticias de Italia que el príncipe Eugenio tarda mucho en comunicarle. — Adelántase no obstante por la Baviera, seguro de remediarlo todo con una marcha rápida sobre Viena. — Sus razones para no perseguir al archiduque Carlos en Bohemia, y para dirigirse por el contrario sobre la capital del Austria por la línea del Danubio. — Marcha perfectamente combinada — Paso del Inn, del Traun y del Ens. — Queriendo el archiduque Carlos volver á pasar desde Bohemia á Austria y reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis detrás del Traun, le sorprende Massena en Linz. — Terrible acción de Ebersberg. — No habiendo podido el archiduque Carlos llegar á tiempo ni á Linz ni á Krems, los cuerpos austriacos que defendían el Austria superior se ven precisados á repasar el Danubio en Krems, dejando á Viena descubierta. — Llegada de Napoleón á Viena el 10 de mayo, al mes de haberse roto las hostilidades. — Entrada de los franceses en Viena después de una resistencia muy corta de parte de los austriacos. — Efecto que produce este acontecimiento en Europa. — Miras de Napoleón con objeto de acabar de destruir los ejércitos enemigos. — Modo particular de escalar sus cuerpos para impedir una tentativa de los archiduques sobre sus espaldas, y para preparar una concentración súbita de sus fuerzas, con objeto de dar una batalla decisiva. — Necesidad de pasar el Danubio para alcanzar al archiduque Carlos, que estaba acampado delante de Viena. — Preparativos para este paso dificultoso. — En el intervalo el ejército de Italia, desembarazado con los progresos del ejército de Alemania, vuelve á tomar la ofensiva, y continúa avanzando. — El archiduque Juan vuelve á pasar los Alpes Nóricos y Julianos con sólo la mitad de su ejército, y dirige las fuerzas que le quedan hacia la Hungría y la Croacia. — Evacuación del Tirol, y sumisión momentánea de esta provincia. — Resuelve Napoleón definitivamente pasar el Danubio y acabar de destruir al archiduque Carlos. — Dificultad de esta operación ante un ejército enemigo de cien mil hombres. — Para hacer menor la dificultad del paso se echa mano de la isla de Lobau, situada en medio del Danubio. — Puentes echados sobre el brazo mayor del Danubio en los días 19 y 20 de mayo. — Puente echado el día 20 sobre el brazo menor. — Empieza el ejército el paso. — No bien se pone en movimiento, le sale al encuentro el archiduque Carlos. — Batalla de Essling, una de las más terribles del siglo. — El paso, varias veces interrumpido por una crecida súbita del Danubio, queda definitivamente imposibilitado por haberse roto enteramente el puente grande. — Privado el ejército francés de la mitad de sus fuerzas y desprovisto de municiones, sostiene el 21 y el 22 de mayo una lucha heroica para no verse precipitado en el Danubio. — Muerte de Lannes y de Saint-Hilaire. — Conducta memorable de Massena. — Después de cuarenta horas de estériles esfuerzos, desesperanzado el archiduque Carlos de poder arrojar al ejército francés al Danubio, le deja volver á entrar pacíficamente en la isla de Lobau. — Carácter de esta espantosa batalla. — Inercia del archiduque Carlos, y actividad prodigiosa de Napoleón en los días que siguieron á la batalla de Essling. — Esfuerzos de éste para restablecer los puentes y hacer que el ejército francés volviese á pasar á la orilla derecha del Danubio. — Uso acertado que se hace de los marinos de la guardia. — Ocupase Napoleón en idear un nuevo modo de verificar el paso, y en allegar los ejércitos de Italia y de Dalmacia para dar fin á la guerra con una batalla general. — Marcha afortunada del príncipe Eugenio, de Macdonald y de Marmont para incorporarse con el grande ejército en el Danubio. — Posición que prescribe Napoleón al príncipe Eugenio sobre el Raab, con el doble objeto de atraerle á sí y de desviar al archiduque Juan. — Encuentro del príncipe Eugenio con el archiduque Juan bajo los muros de Raab, y victoria de este nombre conseguida el 14 junio. — Toma de Raab. — Reunión definitiva del príncipe Eugenio, de Macdonald y de Marmont con el grande ejército. — Alternativas en el Tirol, la Alemania y Polonia. — Precauciones de Napoleón acerca de estos varios países. — Inacción de los rusos. — Pudiendo ya Napoleón disponer de los ejércitos de Italia y Dalmacia y de los puentes que mandó construir en el Danubio, trata por fin de dar la batalla general que tenía de mucho tiempo atrás proyectada. — Obras prodigiosas ejecutadas en la isla de Lobau durante el mes de junio. — Puentes fijos establecidos en el brazo grande del Danubio, y puentes volantes echados sobre el pequeño. — Grandes abastecimientos y poderosas fortificaciones convierten la isla de Lobau en una verdadera fortaleza. — Escena extraordinaria del paso en la noche del 5 al 6 de julio. — Desemboca súbitamente el ejército francés por el lado opuesto del Danubio antes que el archiduque Carlos pueda oponerse. — Replegado el ejército austriaco á la posición de Wagram, defiéndese en ella contra un ataque del ejército de Italia. — Escaramuza momentánea en la noche del 5. — Plan de los dos generales para la batalla del siguiente día. — Jornada del 6 de julio, y memorable batalla de Wagram, la más grande que hasta entonces se había dado en los tiempos antiguos y modernos. — Ataque formidable contra la izquierda del ejército francés. — Celeridad con que Napoleón lleva sus fuerzas de la derecha á la izquierda, á pesar de la vasta extensión del campo de batalla. — El centro de los austriacos, acometido con cien bocas de fuego y dos divisiones del ejército de Italia bajo el general Macdonald, queda por fin roto. — Ocupación de la mesa de Wagram por el mariscal Davout. — Pérdidas casi iguales por ambos lados; pero resultados decisivos en favor de los franceses. — Retirada mal dispuesta de los austriacos. — Persecución hasta Znaim, y refriega trabada bajo sus muros. — No pudiendo los austriacos proseguir la guerra, piden un armisticio. — Armisticio de Znaim, y primeras negociaciones de paz en Altenburgo. — Nuevos preparativos militares de Napoleón para apoyar las negociaciones entabladas. — Brillante acampamento de sus ejércitos en el centro de la monarquía austriaca. — Carácter de la campaña de 1809.

Habían intentado los austriacos embestir á los ejércitos franceses diseminados desde las márgenes del Vistula á las orillas del Tajo, y lo hubieran quizá conseguido con buen éxito, á pesar de su lentitud peculiar, á no desconcertar Napoleón este peligroso proyecto de sorpresa acudiendo de improviso con su prontitud y resolución acostumbradas. En cinco días de campaña les había derrotado su cuerpo principal, repeliendo sus dispersas reliquias á las dos márgenes del Danubio. Pero si bien había sabido suplir lo que á sus ejércitos faltaba todavía, siempre que había podido acudir al remedio con su actividad, su energía y su superior perspicacia, cuando no podía hallarse presente nada podía hacer; y tal era su situación con respecto á Italia, donde iba avanzando el archiduque Juan con los cuerpos octavo y noveno, y con respecto á la Polonia, por donde marchaba el archiduque Fernando con el séptimo.

En Italia había sido muy poco feliz el principio de la campaña, y si nuestros triunfos no hubiesen sido tan notables entre Landshut y Ratisbona, habría bastado aquello para hacer augurar mal de todos los acontecimientos en general que acababan de inaugurarse. Allí, en efecto, el carácter temerario é inconsecuente del archiduque Juan, contrapuesto al talento juicioso pero inexperto del príncipe Eugenio, había momentáneamente triunfado del valor de nuestras legiones. El archiduque, siguiendo la costumbre de todo el que manda en un país, hubiera querido atraérselo todo, y convertir la Italia en principal teatro de la guerra. Pero así como no podía hacer que el Danubio dejase de ser para Napoleón la vía directa de Viena, tampoco podía hacer que el grueso de las fuerzas austriacas estuviese sobre el Tagliamento en vez de estar sobre el Danubio. Envidioso de su hermano el archiduque Carlos, y rodeado de un estado mayor envidioso también del estado mayor general, había suscitado diferentes contestaciones sobre el plan que debía seguirse. Quería primeramente entrar en derecha en el Tirol por el Pusther-Thal, pasando del nacimiento del Drave al nacimiento del Adige; bajar por Brixen y Trento sobre Verona, y quitar de este modo todas sus defensas avanzadas á los franceses, dirigiéndose de un golpe sobre la línea del Adige por la vía de las montañas que la insurrección tirolesa le abría. No temiendo encontrarse en la mesa de Rívoli con el general Bonaparte ni con el intrépido Massena, y contando con la fervorosa cooperación de los tiroleses, tenía excelentes motivos para adoptar un proyecto semejante, que entre otras ventajas ofrecía la de mantenerle al lado de la Baviera y en situación de poder tomar parte en las operaciones que tuviesen lugar en el Danubio. Pero, como sucede siempre que hay planes debatidos entre autoridades rivales, este proyecto cedió el puesto á un plan medio, que consistía en invadir el Tirol con un cuerpo destacado, y la Italia superior con el grueso del ejército. Con arreglo á estas miras fueron distribuidas las fuerzas destinadas á operar en Italia. El octavo cuerpo se reunió en Villach de Carintia bajo las órdenes del general Chasteler para quien desde un principio se había destinado; y el noveno en Laybach de Carniola, bajo el conde Ignacio Giulay, ban de Croacia. El general Chasteler, que conocía el Tirol, fué destacado del octavo cuerpo con unos doce mil hombres, con encargo de operar por el Pusther-Thal,

avanzando de Este á Oeste por las montañas; mientras el grueso del ejército iba en la misma dirección por la llanura. Con estos doce mil hombres y la cooperación de los tiroleses tenía el general Chasteler fuerza suficiente para derrotar á los bávaros, que apenas llegaban en el Tirol á cinco ó seis mil. Mientras él avanzaba por Lientz y Brunecken sobre Brixen, los cuerpos octavo y noveno, procedente el uno de Villach y el otro de Laybach, debían desembocar sobre Udino. Presentaban estos dos cuerpos, comprendida la artillería, una masa de cerca de cuarenta y ocho mil hombres de tropas excelentes. Otros veinte mil de la landwehr, bien equipados y en excelente espíritu, pero mal instruidos, debían permanecer en la frontera, custodiarla, defenderla con obras de campaña, y formar con sus más selectos batallones una reserva á disposición del ejército de operaciones. Un destacamento de siete ú ocho mil hombres, al que debían reunirse los sublevados de Croacia, tenía encargo de observar la Dalmacia, por donde se temía que llegase á asomar el general Marmont. Sin embargo, como se esperaba sorprender á los franceses así en el Friul como en Baviera, y como se sabía asimismo que el príncipe Eugenio debía el mando del ejército de Italia á las meras relaciones de familia, no menos poderosas en la corte de Napoleón que en las otras cortes más antiguas de Europa, puesto que habían bastado para excluir á Massena, que era el caudillo natural de aquel ejército, abrigábase también la esperanza de llegar en breve al Adige, y aun al mismo Po, y de encerrar al general Marmont en la Dalmacia; ya se tenía dispuesta la intimación que se le había de dirigir á éste, y se creía que no habría que hacer con él más que discutir y firmar la capitulación.

No se fiaba solamente en la fuerza de las armas para avanzar victoriosamente en Italia, sino también en ciertos tratos secretos promovidos desde las montañas del Tirol hasta el estrecho de Mesina. Alentaba á los austriacos en su temeraria tentativa la persuasión de que la Europa entera, así como la Francia, estaba ya cansada del poder de Napoleón, opinión formada sobre los acontecimientos de España; y habían contado no tan sólo con el Tirol, devoto del Austria en toda época, sino también con los antiguos Estados Venecianos, que aún deploraban su reciente ruina; con el Piamonte, convertido á su pesar en provincia francesa; con los Estados de la Iglesia, convertidos los unos en departamentos del imperio, testigos los otros de la esclavitud del papa; y por último, con el reino de Nápoles, privado de su antigua dinastía, separado de la Sicilia y deseoso de recobrar sus reyes y su territorio. Estaban todos estos países minados por secretas inteligencias, fomentadas ya por los nobles descontentos del régimen de igualdad introducido por los franceses, ya por el clero que ansiaba restablecer la supremacía de la Iglesia, ó bien deploraba la opresión espantosa en que el Santo Padre vivía. Sin embargo, aunque la dominación francesa era ominosa á los italianos como dominación extranjera, y aunque les costaba ya mucha sangre y mucho dinero, tenía no obstante para la mayor parte de ellos ventajas que no desconocían, y que no les habían hecho olvidar de todo punto los males anejos á la guerra. Esto hacía que no fuese tan fácil soliviar á los italianos como á los tiroleses: que por lo tocante á éstos,

su impaciencia de ver la bandera austriaca nuevamente enarbolada no podía subir de punto. No es posible formarse una idea cabal de la adhesión que ahora manifestaban al Austria: aquellos sencillos montañeses, avezados al gobierno paternal de la casa de Hapsburgo, habían pasado con horror en 1806 bajo el yugo de Baviera, que era para ellos el vecino más aborrecido: la casa de Baviera, conociendo que no era querida de sus nuevos súbditos, les había devuelto odio por odio, y tratado con una dureza que no había hecho más que exaltar sus resentimientos; por esta razón no habían cesado de enviar emisarios á Viena prometiendo levantarse á la primera señal, y ofreciendo por sus relaciones con los frisonos y los suizos verificar un movimiento que cundiese en breve á la Suabia por una parte y al Piamonte por la otra. Su ardimiento había contribuido en gran manera á que la corte de Viena se formase una deplorable ilusión, figurándose que en toda Europa no había más que tiroleses ó españoles, impacientes por sacudir el yugo del nuevo Atila. Un empleado muy activo de la secretaría de Negocios extranjeros de Viena, llamado Mr. de Hormáyer, el cual tenía en su mano el hilo de todas las intrigas del Tirol, de Alemania y de Italia, fué el encargado de acompañar al archiduque Juan para poner en juego cerca de su persona los secretos resortes de la política, mientras que el príncipe obrase con los resortes declarados de la guerra. Como era natural, se había contado con los ingleses para todas estas intrigas y esperanzas, y ellos por su parte habían ofrecido cooperar con toda actividad con los austriacos, en cuanto éstos invadiesen la Lombardia hasta Pavia, y les franqueasen el litoral del Adriático desde Trieste á Ancona.

Todo estaba dispuesto para operar en Carintia el mismo día que en Baviera, es decir, el 10 de abril. En efecto, en este mismo día mientras las vanguardias del archiduque Carlos pasaban el Inn, las del archiduque Juan asomaron por los desfiladeros de los Alpes Cárnicos y Julianos sin que precediese declaración de guerra. Creyóse que bastaba con enviar á las avanzadas francesas del Ponteva un trompeta portador de una declaración del archiduque Juan, diciendo que entraba en Italia y que se le dejase franco el paso, ó que de lo contrario se valdría de la fuerza. A la media hora precipitáronse sobre nuestras avanzadas varios destacamentos austriacos de caballería é infantería ligera y nos tomaron algunas posiciones. El general Chasteler por su parte fué todavía menos cumplido con los bávaros que poseían el Tirol, porque desde el día antes (9 de abril) los acometió invadiendo la región montuosa que lleva el nombre de Pusther-Thal y que separa la Carintia del Tirol italiano.

Ofrecíanse á los austriacos para invadir el Friul dos principales carreteras: la que partiendo de Viena y atravesando la Carintia baja de los Alpes Cárnicos al Tagliamento y conduce á Osopo por Villach, Tarvis y el Ponteva; y la que partiendo de la Carniola descende de los Alpes Julianos al Isonzo, que atraviesa entre Górice y Gradisca, y viene á caer sobre Palmanova y Udino. En uno y otro camino había tomado Napoleón precauciones contra la invasión austriaca, construyendo en el primero el fuerte de Osopo y en el segundo la importante plaza de Palmanova; sin embargo, tanto esta

plaza como aquel fuerte, aunque excelentes para servir de puntos de apoyo á un ejército, eran ineficaces no habiendo fuerzas, y sólo ofrecían al enemigo cierta dificultad, pero en manera alguna un obstáculo insuperable. No estando aún reunidas las tropas del príncipe Eugenio, era muy sencillo desfilarse bajo los fuegos de Osopo y de Palmanova, bloquear ambos puntos y pasar adelante.

Sin embargo, no quiso el archiduque Juan utilizar ninguno de estos dos caminos, aunque ninguno de los dos le ofreciese graves obstáculos á su esperanza de sorprender al ejército francés, y prefirió un camino intermedio, cual es el que pasando por las fuentes del Isonzo desemboca por Cividale sobre Udino. Era esta vía dificultosa, especialmente para un ejército grande embarazado con cuantiosos pertrechos, pero por esto mismo le pareció que debía ser la menos atendida y defendida por el enemigo. Empezó por ella con el grueso de su ejército compuesto de los cuerpos octavo y noveno, y no envió más que dos vanguardias á los caminos de Carintia y Carniola. Un entendido oficial, que fué el coronel Wockmann, tuvo que abrirse paso por el Ponteva con unos pocos batallones y un número de escuadrones también escaso, sosteniendo la guerra de montaña con nuestras avanzadas, mientras el general Gavassini pasaba el Isonzo con un destacamento por más arriba de Gradisca y marchaba sobre Udino, punto común á que debían dirigirse las varias divisiones del ejército austriaco.

Todas estas combinaciones estaban de más, porque el príncipe Eugenio, que no esperaba verse acometido sino á fines de abril, no tenía á su disposición más que la división de Seras delante de Udino, y la de Broussier delante del Ponteva. Hallábase él recorriendo en persona sus avanzadas, obediendo en esto un consejo de Napoleón, el cual le había recomendado que viese siempre por sí mismo los parajes donde tuviese que dar alguna batalla. Así, pues, los austriacos no tuvieron que hacer más que sorprender algunas avanzadas en todos los caminos por donde se presentaron. El día 10 el coronel Wockmann hizo replegarse hasta Portés á la vanguardia de la división de Broussier; el general Gavassini pasó el Isonzo sin dificultad, y el cuerpo principal desembocó con menos dificultad todavía sobre Udino, donde se hallaba una mera división francesa.

Sorprendido el príncipe Eugenio por esta repentina invasión, y poco acostumbrado al mando, aunque muy hecho á guerrear bajo las órdenes de su padre adoptivo, perdió completamente la serenidad en esta situación para él inusitada. De las ocho divisiones que componían su ejército, sólo tenía consigo las dos francesas de Seras y Broussier. Algo á la espalda, entre el Livenza y el Tagliamento, tenía las divisiones francesas de Grenier y Barbou y la división italiana de Severoli, y más lejos todavía, cerca del Adige, la división francesa de Lamarque, la división italiana de Rusca, y además los dragones que formaban la parte principal de su caballería. La sexta división francesa, que era la de Miollis, se hallaba todavía muy rezagada por haberla detenido la situación poco tranquila de Roma y de Florencia. En semejantes circunstancias no podía el príncipe Eugenio tomar otro partido que reconcentrarse velozmente retrocediendo hacia la masa principal de sus fuerzas;

por muy desagradable que fuese empezar la guerra con un movimiento retrógrado, había que resolverse á hacerlo con prontitud, además de que no debe tenerse jamás por enojosa la resolución que conduce á un buen resultado. Verdad es que para despreciar ciertas apariencias pasajeras es preciso ser general afamado; al paso que el príncipe Eugenio era nuevo en la carrera y no tenía más gloria que el merecido cariño de su padre adoptivo. Decidióse, pues, á retroceder, pero hízolo con un pesar que le salió funesto, porque le sirvió de rémora para llevar hasta donde era necesario su movimiento de concentración. Mandó á las divisiones de Seras y Broussier volver á pasar el Tagliamento y encaminarse á Livenza, adonde debían llegar acelerando el paso las divisiones de Grenier, Baubou, Severoli, Lamarque y Grouchy. El general Seras no tuvo más que retroceder sin entrar en acción; el general Broussier tuvo que empeñar acciones muy reñidas con el coronel Wockmann, que le disputó con habilidad suma los valles del alto Tagliamento, pero se retiró dejando cubierto de cadáveres el campo. Felizmente los austriacos, aunque querían sorprenderlos, no marchaban con gran velocidad, pues tardaron cuatro días en trasladarse de la frontera al Tagliamento, con lo cual nos dieron para verificar nuestra concentración un tiempo de que cualquier general experimentado hubiera sacado más partido que sacó el príncipe Eugenio.

Al repasar el Tagliamento para tomar el Livenza, allegó las divisiones francesas de Grenier y Barbou y la división italiana de Severoli, y después se detuvo entre Pordenone y Sacila al advertir la poca actividad con que le perseguían los austriacos. Llegado que hubo allí, cometió el yerro de dejar en Pordenone, casi aislada por la gran distancia á que quedaba de todo auxilio, una numerosa retaguardia compuesta de dos batallones del 35 y un regimiento de caballería ligera bajo las órdenes del general Sahuc; y éste, que no desplegó en aquella ocasión toda la vigilancia que debe tenerse en las vanguardias cuando se va avanzando y en las retaguardias cuando se va de retirada, cometió también la falta de permanecer con su tropa encerrado en Pordenone sin enviar descubridores á reconocer el campo para precaver al ejército de una sorpresa (1). Advertidos los austriacos de la presencia de una retaguardia francesa en Pordenone, avanzaron con un destacamento de infantería y considerable fuerza de caballería bajo la dirección del jefe de estado mayor Nugent, oficial muy entendido y partidario muy exaltado del bando de la guerra, el cual envolvió completamente el pueblo de Pordenone con su caballería, cortando á Sahuc toda comunicación con Sacila; asaltó con su infantería el pueblo, y sorprendió á las tropas francesas dormidas y mal custodiadas. Viéndose éstas acometidas sin tener tiempo de defenderse, resolvieron retirarse apresuradamente comprando su salvación con una huida precipi-

(1) Fué tal la cólera de Napoleón en aquella circunstancia, que escribió diferentes cartas al príncipe Eugenio y quiso se formase causa al general Sahuc. Insistió principalmente en esto último después de la batalla de Raab, en la que no trató al parecer dicho general de rescatar la falta de Pordenone. El general Sahuc, escribía, es de aquellos que están ya cansados de guerra. Por desgracia el número de éstos aumentaba cada día por culpa de Napoleón.

(N. del A.)

tada; pero al salir de Pordenone en vez de hallar el camino expedito vinieron á dar sobre la caballería austriaca, que cerró con ellos en todas direcciones. Intentaron nuestros húsares abrirse paso cargando á escape, y algunos escaparon, pero la mayor parte fueron acuchillados ó hechos prisioneros. La infantería sólo buscó su salvación en una heroica resistencia: los dos batallones del 35, regimiento veterano de Italia, formaron en cuadro y recibieron á los jinetes austriacos con tal denuevo, que les hicieran retroceder á haber sido su número menos considerable. Derribarón muchos centenares á tiros y dejaron cubierto el campo de hombres y caballos; pero les faltaron los cartuchos, y no pudieron emplear más que sus bayonetas contra una caballería que era reputada como la más brillante de todo el imperio austriaco. Quinientos de nuestros infelices soldados expiaron, cayendo bajo el hierro de los austriacos, la incuria de su general: los demás fueron hechos prisioneros.

Esta enojosa aventura exasperó sobremanera al ejército francés, y de resultas disminuyó mucho la confianza que tenía en su general en jefe. Aumentó por el contrario el ardimiento de las tropas austriacas, que, por la primera vez en mucho tiempo, habían visto á los franceses retroceder ante ellas, y empezaban á abrigar esperanzas de vencerlos.

Lo mejor que podía hacer el príncipe Eugenio en semejante situación, ya que había tomado el partido de retirarse, era persistir en su plan hasta tanto que encontrase una línea de sólida defensa y tuviese reunidas detrás de ella todas sus fuerzas. Entonces hubiera podido desquitarse de la actitud desventajosa en que se había presentado los últimos días y dar una explicación decorosa de su movimiento retrógrado. Pero como joven que era, pundonoroso y puntilloso, le llegaban al alma los dichos de los soldados en quienes se mantenía ileso el orgullo del ejército veterano de Italia, los cuales aunque adictos al príncipe mozo, hijo de su antiguo general, advertían su inexperiencia, se lamentaban de ella sin rebozo, criticando con igual descaro á los generales que le asistían, y clamaban porque se les condujese á un enemigo que tenía la insolencia de perseguirlos, y ante el cual no tenían costumbre de correr. A las quejas de los soldados se unía la desesperación de los pobladores, la mayor parte de los cuales eran antiguos súbditos venecianos incorporados á la Francia; temían por lo tanto la aproximación del ejército austriaco, y suplicaban que no consintieran que los inmolasen á su venganza. Entonces Eugenio reunió sus generales, en cuyos semblantes se pintaba el mismo desaliento que á él le poseía, por cuanto al lado de Napoleón sólo habían aprendido á batirse heroicamente, pero no á mandar: todos estaban prontos á dejarse matar, pero ninguno era capaz de dar su opinión sobre una cuestión tan grave como la de si convenía ó no presentar batalla. Lo más prudente en verdad era seguirse retirando hasta que estuviesen reunidas todas las fuerzas y en un terreno ventajoso para pelear. Continuando hasta el Piave, habrían ido allegándose sucesivamente cinco divisiones de infantería francesa y una de infantería italiana, y además dos soberbias divisiones de dragones y la guardia real lombarda que era una excelente tropa, y por último en el mismo Piave habríamos tenido una

excelente línea de defensa. Pero Eugenio no tenía ni bastante experiencia, ni la suficiente reputación para soportar con paciencia las murmuraciones del ejército, y así, ofendido del silencio de sus generales y de la indiscreción de sus soldados, resolvió detenerse delante del Livenza, entre Sacila y Pordenone, en un terreno que no conocía, que no ofrecía accidente alguno ventajoso, y en el cual no habían tenido aún tiempo de concentrarse sus tropas.

El 15 por la tarde, después del malhadado encuentro de Pordenone, mandó hacer alto y tomar la ofensiva en todos los puntos de su línea. Retrocediendo había reunido con las divisiones de Broussier y Seras las de Grenier, Barbou y Severoli, á las que había encontrado antes de llegar al Livenza. Estas cinco divisiones podían juntar una fuerza de cerca de treinta y seis mil hombres, unos veteranos del ejército de Italia, otros bisoños pero bien instruídos, que componían los cuartos batallones de los ejércitos de Nápoles y Dalmacia. La fuerza de los austriacos por el contrario ascendía á unos cuarenta y cinco mil hombres de sus mejores tropas; era, pues, muy grande la desproporción. Verdad es que el príncipe Eugenio contaba con un refuerzo de diez mil peones y jinetes que iban á llevarle los generales Lamarque y Grouchy, actualmente en camino para incorporarse con él; pero esta anexión no era del todo segura, y además el terreno era muy poco favorable.

Teníamos á nuestra derecha, entre Tamai, Palsa y Porcia, varios pueblos, numerosas cercas, un suelo todo encharcado, y muchos canales, ocupados con fuerzas austriacas considerables. Al centro subía el terreno formando como una loma larga y angosta que por delante de nosotros se tendía, y en la que se había abierto el camino de Sacila á Pordenone. Éramos en este camino dueños del pueblecillo de Fontana-Fredda, que caía frente por frente al de Pordenone, tomado aquella mañana por los austriacos. Por último á nuestra izquierda el terreno se dilataba por la vertiente de dicha loma hasta la misma falda de los Alpes. Divisábanse allí otros dos pueblos, el de Roveredo, que ocupaban los franceses, y el de Cordenóns donde había retén de austriacos. De modo que el terreno que se iba á disputar, venía á ser éste: á la derecha un suelo cortado y erizado de entorpecimientos, al centro una carretera que se extendía perpendicularmente desde nuestra línea á la del enemigo, y á la izquierda una llanura. Había en verdad una circunstancia favorable, que habría sido preciso adivinar, como sabía hacerlo Napoleón mediando sólo algún leve indicio, y era la separación de los austriacos en dos masas, la una formada por el octavo cuerpo y situada en los pueblos de Tamai, Porcia y Palsa, al abrigo de los obstáculos que teníamos á nuestra derecha, y la otra por el noveno cuerpo y la caballería establecida en la llanura á la izquierda, en Cordenóns. Ahora bien, de Cordenóns á Pordenone había más de una legua de terreno mal defendido, y esta sola circunstancia hubiera debido bastar para que el príncipe Eugenio hiciese lo siguiente: dejar las divisiones de Seras y Severoli, atacar por nuestra derecha á Tamai, Palsa y Porcia, atrayendo por aquel lado á los austriacos, formar después con las divisiones de Grenier y Barbou, que se hallaban en el centro sobre

la carretera, y la división de Broussier que estaba á la izquierda en la llanura, una masa de veinticuatro mil hombres, avanzar por la carretera de Fontana Fredda sobre Pordenone, asaltar este pueblo, dejarle incomunicado con Cordenóns donde se hallaba el noveno cuerpo, y cortar de este modo en dos el ejército austriaco. Haciéndolo así hubiéramos puesto á nuestra merced al octavo cuerpo que estaba empeñado con nuestra derecha, y tanto más por cuanto se habría internado completamente en el escabroso terreno que componía aquella parte del campo de batalla.

Pero desgraciadamente el príncipe Eugenio y su jefe de estado mayor Vignolle, procedieron con tanta irreflexión para fijar el plan de batalla como para determinarse á darla, y mandaron todo lo contrario de lo que aconsejaban el terreno y la posición del enemigo. Sin reconocer ésta ni aqué, decidieron que el día siguiente (10 de abril) los generales Seras y Severoli saliesen de Tamai de madrugada en dirección de Palsa y Porcia y tomasen estos dos pueblos á toda costa; que la división de Grenier se estableciese en el centro, en la carretera delante de Fontana Fredda, pero sin operar de una manera ofensiva hasta que los generales Seras y Severoli hubiesen triunfado de todos los numerosos y graves obstáculos que había que vencer; que por la izquierda el general Broussier, aproximándose al general Grenier por la llanura de Roveredo, se mantuviese en la misma expectativa; y por último que el general Barbou á retaguardia apoyase la línea francesa. Plan á todas luces vicioso, que dejaba á los austriacos todo el tiempo necesario para rectificar su posición mientras nuestra derecha se iba á estrellar contra toda clase de obstáculos materiales, y nuestro centro, nuestra izquierda y nuestra retaguardia iban á perder el tiempo en una deplorable inacción. ¡Con toda esta ligereza se prodigaba á veces la sangre preciosa del soldado comprometiendo la suerte de los imperios! ¡Así confían los monarcas y aun las repúblicas, aquéllos á hijos ó hermanos incapaces, y éstas á los prohombres de la multitud, igualmente ineptos, la vida de los hombres y la salvación del Estado! Era en verdad el príncipe Eugenio un oficial valiente, modesto y lleno de abnegación, muy idóneo para conducir una división; pero no para mandar un ejército, y menos para dirigir una campaña.

Ignorantes nuestros soldados del punto á que se les conducía, pero satisfechos de pelear con un enemigo á quien no estaban avezados á temer, el domingo 16 de abril por la mañana entraron resueltamente en acción. Capitaneados los franceses por Seras y los italianos por Severoli, embistieron arrojadamente á Palsa y Porcia y vencieron los primeros obstáculos que se les oponían. Hallábase á la sazón en misa el archiduque Juan con todo su estado mayor. Este príncipe, aunque dotado de más experiencia, y también de más pretensiones que el modesto príncipe Eugenio, no desplegó en esta ocasión más juicio que su adversario, porque después de haber sorprendido á los franceses el día antes en Pordenone, se exponía á verse de nuevo sorprendido en el mismo punto. Montó inmediatamente á caballo con su estado mayor, salió fuera de Pordenone, y al divisar en el camino de Fontana Fredda al general Grenier á nuestro centro y al general Broussier á nuestra izquierda, formando masas que hacía más perceptibles lo descampa-